

convertir, sujetándolos á una ortodoxia cerrada que exige decir amén á todos sus artículos? Ese instinto suicida no es más que una nueva manifestación de nuestro anarquismo social, que se expresa á la española antigua; es decir, con el ideal de la imposición y del particularismo por delante, tras la negación de todo lo que no es la propia Iglesia. Y la obcecación exclusivista llega á tal punto, que hasta hay quienes, llevando la doctrina de la *raza* al último extremo, se restriegan las manos de satisfacción haciendo notar los fracasos industriales de los que en otras regiones quieren trabajar á la moderna, no por espíritu de guerra económica, sino porque sienten la aspiración del trabajo y tienen el derecho de satisfacerla, como todo el mundo; y esos mismos que se alegran de los tropiezos ajenos, dan á entender que tales fracasos ocurrirán siempre necesariamente, en ciertas regiones y en ciertos medios sociales: como si el medio social no fuese en gran parte un producto de los esfuerzos humanos, que empiezan por ser iniciativas aisladas.

Por fortuna, el gravísimo peligro que hay en todo esto comienza á ser notado por los hombres de corazón y de amplia inteligencia; y ya se advierte, en algunos de los grupos que hasta ahora habían permanecido en hosco apartamiento y en intransigencia cerrada, la inclinación á entenderse con los afines, á reconocer en éstos análogas y propias aspiraciones, á pensar en lo que une y no en lo que divide, única manera de conseguir el objeto de las ansias de todos. Si esa novísima tendencia, que aun es la de una minoría escasísima, logra desprenderse de toda vanidad, de todo afán de hacer á los otros á su imagen y semejanza, y concretando los puntos comunes abandona la ortodoxia de los credos cerrados y deja que las formas de constitución de lo nuevo se determinen libremente en el choque de las ideas, sin hipotecar el porvenir á principios determinados que traerían la división, entonces, lo substancial (la modificación de nuestras costumbres políticas, sociales y económicas, el evangelio de la cultura y el trabajo) se

impondrá resueltamente. Si persisten los exclusivismos, los cotos cerrados, la acentuación de las diferencias, entonces todo debe darse por perdido. Los que debieran marchar juntos al combate contra el enemigo común—que está en todos los rincones de la Península, que no es producto exclusivo de ninguna región—, se combatirán unos á otros, haciendo incurable nuestra anarquía é imposible nuestra regeneración. *Regnum divisum desolabitur.*

IV

La resurrección de la política

En fecha memorable, Castelar declaró cerrada, para nuestro país, la era de las reformas políticas. Utilizando en provecho propio la declaración, todos los elementos conservadores procuraron apartar el interés público de las cuestiones que hasta entonces le habían apasionado, y un día afirmaban la indiferencia de las llamadas formas de gobierno; otro, la inutilidad de las conquistas democráticas, y un tercero, la supremacía de las luchas económicas y su independencia del orden político. Se podía ser ultrarreaccionario en punto al Estado, y muy progresista en cuanto al problema social. Recuerdo haberle oído á un demócrata ya viejo, de los de Castelar—mejor dicho, de los de Maissonave—, explicar su tránsito al partido conservador con el argumento de que lo llevaban á éste sus simpatías por el socialismo; verdad es que su socialismo era el de Cánovas, que, así como un día «vino á ser doctrinalmente proteccionista», también llegó á imitar á los poderes públicos alemanes en el intervencionismo social.

La razón económica hizo fortuna. Les vino muy bien á los industriales, á los patronos, á todos los que viven del arancel y de la protección de los gobiernos para ocultar sus egoísmos, á la vez que los satisfacían ampliamente; y por error explicable, pero funesto, les prestaron apoyo muchos socialistas, negándose á intervenir en las luchas de carácter político, afirmando que no les importaban, y reputando iguales para sus fines el republicanism más avanzado y el moderantismo más retrógrado. El resultado fué crear una generación de escépticos, aniquilar los entusiasmos que durante casi todo el siglo XIX fueron los agentes de las grandes reformas y ahogar los impulsos ideales en una atmósfera de *positivismo práctico*, que convirtió á la clase media en una masa neutra, incapaz de moverse por nada y hasta irrespetuosa con la memoria de los antecesores que, en no lejanos días, cometieron la *candidez* de verter su sangre por libertad más ó menos. Exageráronse los fracasos del liberalismo para mejor apuntar á la destrucción del régimen representativo en el Estado; se habló de dictaduras, no tutelares, sino constitucionales y definitivas; se reputó de *mal gusto* creer en ciertas cosas que en 1868 entusiasmaban, no ya al vulgo, sino á los discretos; y en vez de pensar que quizá lo que procedía era una revisión de las interpretaciones modernas del liberalismo y que lo ocurrido podía muy bien ser resultado de una desviación ó de una aplicación unilateral de aquella doctrina, se prefirió declararla agotada, incapaz de dar nuevos frutos y merecedora de ser tirada á un rincón.

Los acontecimientos de Barcelona (y sus precedentes y consecuencias) han venido á dar un solemne mentís á todas esas teorías. De cualquier modo que se les juzgue, lo que ellos significan, ante todo, es la resurrección de la política pura; lo que ellos advierten á los neutros y á los enterradores de los problemas políticos, es que éstos tienen una vitalidad inacabable y necesitan la atención sostenida de los ciudadanos. Para los que piensan serenamente, no ha habido en esto sorpresa alguna, porque demasiado sabían

que la política, tarde ó temprano, se venga de sus despreciadores, de los indiferentes.

En efecto, una cosa es pensar que la política no lo es todo; que los cambios de ella pueden ser, en muchos casos, meras condiciones para hacer otras cosas de mayor substancia; que tener la *Gaceta* es, á menudo, tener un papel mojado; que las sociedades no se transforman con leyes sino hasta cierto punto; que háy problemas para cuya resolución en determinado sentido pueden servir igualmente formas muy diversas de organización del Estado, etc., y otra cosa afirmar que cabe prescindir de éste; que nada importa el que tome orientación por la derecha ó por la izquierda; que su color sea rojo ó blanco ó que lo manejen unos ú otros, y que la posición más sabia en estas cuestiones es ser *apolítico*. Ahora, como siempre, la realidad ha venido á demostrar de un modo aplastante que, queramos ó no, hay que contar para todo con el Estado y sus problemas, incluso para combatirlo y procurar su desaparición, y que quien desampare este orden de preocupaciones, será víctima del estallido que el obscuro trabajar de ellas en el seno de las colectividades produce de cuando en cuando.

Aun suponiendo que el Estado sea—tal como hoy existe—una institución llamada á desaparecer, lo que no cabe duda es que vivimos, no sólo por ella, sino dentro de ella, y que históricamente ha echado raíces tan hondas y tantas en la sociedad, que llegan á todas partes y están mezcladas con las de todos los intereses humanos. Todos sus defectos, todos sus males los hemos de curar, no por fuera de él, sino en él mismo; no despreciándolo, sino dominándolo; porque de otro modo nos exponemos á que los listos, los cucos, los egoístas, aprovechándose de nuestra inacción, se apoderen de él y desde él influyan profundamente en nuestra vida.

Esto, que es verdad en todas partes, y que legitima ese «afán del poder» que suele censurarse con imperdonable ligereza, lo es más en un país como España, ineducado políticamente, á pesar de la locura política de casi todo el

siglo pasado; en un país que no ha resuelto nada de fondo en este orden, y que tiene todavía en el aire, y en pura apariencia de estabilidad, todos sus problemas. El solo hecho de que aquí se pueda hablar de poder personal ó de si hay ó no «patria española», prueba que aun está por hacer lo más importante. Cuando todo, hasta la resurrección de lo más arcaico, de lo que costó ríos de sangre desterrar, se cree posible, es porque nada hay firme, seguro, en la conciencia pública.

Y notad que las dos cuestiones planteadas ahora son de las fundamentales en la política. El poder personal en que, según dicen, piensan algunos, y contra el cual de un modo tan viril se han declarado los liberales de las Cámaras, y las aspiraciones de confederación, más que de federación, que supone al programa de Manresa, tocan á dos puntos capitales de la organización del Estado. Ó se piensa en ellos, convirtiéndolos á su examen y á su discusión todas las energías que necesitan, ó los problemas se impondrán por sí mismos y devorarán á los perezosos, porque no son de los que esperan una vez que aparecen. Pueden estar dormidos, engañando con el silencio á los fáciles de contentar, á los optimistas; pero no se extinguen por abandono. Ó se les afronta, ó hay que resignarse á sus consecuencias.

Notad también que todas las cuestiones en que esos dos problemas se desdoblán: los motivos del descontento de Cataluña, tan elocuentemente expuestos por quien no es sospechoso de catalanismo, por Salmerón, y que si no explican todo lo que hay en el programa de Manresa, explican la adhesión de muchas gentes; la falta de fe en el parlamentarismo; la desilusión en punto á su eficacia, que fundamentan la reaparición de la doctrina del poder personal; el ejemplo de Estados contemporáneos pujantes, como Alemania (que algunos de nuestros intelectuales señalan por modelo *en todo*); la discusión del poder civil, etcétera, son cuestiones puramente políticas, que requieren para su resolución ideas, opiniones, estudios, planes y acciones de carácter político.

Y he aquí, á mi juicio, el problema nacional que de repente ha surgido, no de un modo fulminante—porque su elaboración lleva larga fecha—sino de un modo agudo, como una enfermedad larvada (y aun no cabe el símil para el catalanismo) que de pronto se significa en fenómenos alarmantes: ¿comprenderá la opinión pública, en todos los elementos que la forman, lo que quieren decir esos hechos? ¿Comprenderá que la llaman á salir de su posición *apolítica*, de su *neutralidad*, y á volver á las luchas de otros tiempos? ¿Comprenderá que es preciso deslindar campos y trabajar activamente? ¿Comprenderá, en fin, que sea cual fuese el camino á que se incline, hay que tomar, uno, que hacerse cargo de las cuestiones, que poner en su resolución el entusiasmo de otros tiempos? ¿Saldrá de su apatía esa masa indiferente que ha dejado hacer á unos pocos durante tantos años, y que parece ya inapta para toda acción viril, para toda cooperación á una terapéutica decidida é implacable? ¿Ó seguirá el pesimismo, seguirá el alzarse de hombros, seguirán la cobardía, el apocamiento, la *conformidad* musulmana, que deja correr las cosas y consiente en que los acontecimientos se le echen encima y la zarandeen á su capricho?

Lo verdaderamente interesante de la actual situación es, para mí, eso. Y contra los que no hace muchos años gritaban: «¡Abajo la política!», «¡Menos política y más administración!», creo que debe gritarse á los españoles: «¡Política, mucha política!» Pero hacedla todos, interesaos en ella todos, trabajad en ella los que, por estar ella bastardeada, habéis sufrido atropellos ó desilusiones. No descañéis en la confianza—los que la habéis tenido—de que está todo resuelto; de que se puede descuidar la opinión pública; de que, por haber luchado vuestros padres, podéis vosotros dedicaros al reposo. El espíritu colectivo no duerme, no se para; sigue elaborando ideas, planteando cuestiones, transformando elementos de la labor social; y no es maravilla si el que se duerme creyendo que la jornada ha terminado, al despertar se encuentra solo, y ve á

los que antes tuvo por compañeros y supuso que no cambiarían, en otro campo, trazando labores nuevas que amenazan trastornar la suya.

La sacudida de ahora es un aviso. La pregunta que nos hacemos muchos españoles es esta: ¿Servirá?

V

La política patriótica y la política de partido

Casi todos los periódicos españoles han discutido, en la quincena que acaba de transcurrir, la cuestión, tantas veces renovada, de la política patriótica y la política de partido. La discusión no ha sido doctrinal y directa, sino indirecta y motivada por el hecho de una supuesta colaboración de elementos republicanos en la política monárquica de Moret; pero, como no podía menos, han salido á relucir los argumentos capitales, y el ataque ó defensa de los hechos de algunos hombres se ha tenido que apoyar en razones generales.

La cuestión es, en sí misma, de gran interés; pero todo el que conozca á fondo la actual situación de España, reconocerá que aquí interesa más que en parte alguna. Se trata de infundir un espíritu nuevo en la política española; mejor dicho, que ésta cambie de rumbo radicalmente y sea expresión del espíritu moderno, de la nueva manera de concebir la vida nacional y del Estado. ¿Quién realizará esa obra? Esta pregunta quiere decir, en el lenguaje de los políticos: ¿Cuál es el partido que puede, por sus condiciones esenciales, verificar ese cambio? Y conviene no perder de vista semejante manera de plantear la cuestión, para compren-

der la manera como se discute y apreciar la diferencia que hay entre esta manera y otra que es peculiar de los hombres no políticos.

No cabe duda que, dada la actual organización de la vida política, el porvenir de cada partido y su éxito en la opinión general dependen, en gran medida, del fracaso de los otros. Cuanto peor lo haga el contrario, más seguro es que las simpatías de la masa se dirijan del lado de los que no se han gastado todavía, esperanzada en que éstos harán lo que aquéllos no han sabido hacer. De aquí, lógicamente, que á ningún político de pura raza le convenga el acierto de los gobernantes, y que estén todos dispuestos, de primera intención, á producir el fracaso de todas las iniciativas ajenas. En política, es axiomático que las cosas son buenas ó malas, no por sí mismas, sino por la persona ó el partido de que proceden. Proceder de otro modo, sería suicidarse; y el instinto de conservación de los organismos, les lleva naturalmente á practicar ese medio de defensa.

Por fortuna para ellos, no es muy frecuente que los gobernantes den motivos para una conducta así, que, de una parte, es antipatriótica, y de otra, si puede engañar alguna vez á la opinión pública, á la larga, y vistos los beneficiosos resultados ó la buena intención de los gobernantes, llevaría al lado de éstos la fuerza de las masas que sólo se guían, ó por el provecho práctico de la política, ó por razones ideales distintas de las que fundamentan los partidos. Pero es indudable que el gobierno peor acierta de vez en cuando, y que en la historia parlamentaria de nuestros días (y no sólo en España, sino en el mundo entero) hay muchos casos de proyectos beneficiosos que no han llegado á ser ley por la oposición, puramente *política* (no procedente de convicciones hondas en punto á su improcedencia ó maldad), de los partidos de oposición.

Semejante proceder no es, por otra parte, cosa especial de éstos, sino general de toda agrupación ó corporación, que tiene intereses creados y aspira á dominar, á mandar, en cualquiera esfera de la vida. Recuérdese, verbigracia,

la táctica usada por los socialistas—partido que no quiere ser *político*, que aspira á diferenciarse radicalmente de los partidos tradicionales—respecto de las cooperativas de consumo, primero; respecto de la participación en los beneficios, después. Aunque actualmente ambas cosas representan una efectiva mejora en la condición económica del obrero, es indudable que su difusión ha de retrasar el cumplimiento del programa íntegro del socialismo, el advenimiento de la revolución social, puesto que á medida que crece el bienestar de las gentes, éstas se hallan menos dispuestas á sublevarse y á perder lo cierto por lo dudoso. De la misma manera se explica la célebre fórmula de los revolucionarios políticos, consistente en desear que la reacción apriete mucho los tornillos, cuanto más, mejor, porque así hay mayores probabilidades de que, agotada la paciencia y apurada la capacidad de sufrimiento de los gobernados, éstos se decidan á un esfuerzo supremo para sacudir el yugo. Así, pues—volviendo á los hechos que motivan este artículo—, lo que importa sobre todo á los republicanos es que la monarquía gobierne muy mal. Un buen rey, con buenos ministros, sería un golpe mortal para el partido de la República en cualquier país; y con mayor razón, contribuir á que el gobierno monárquico sea mejor ó menos malo de lo que naturalmente lo sería entregado á sus solas fuerzas, es, en el fondo, trabajar por que se retarde, quizá por que no se produzca jamás, la solución republicana. Porque creer que liberalizándose la realeza, democratizándola, se producirá algún día suavemente, por el propio peso de las cosas, el tránsito de un régimen al otro, me parece un puro sueño.

La monarquía tiene un límite en su democracia, y este límite es el que le impone su propia conservación. De él no pasará jamás; y el resto no lo hará sino á la fuerza, es decir, no lo hará nunca; para lograrlo, el país tendrá que suprimir la monarquía, ó sea realizar el mismo esfuerzo que en todo caso hubiese hecho el republicanism. Si cambiamos la relación de los términos, el caso sería igual; una

república—verbigracia, la de los Estados Unidos—no consentirá jamás, ni menos realizará por sí misma, actos que preparen y faciliten su sustitución por una monarquía. La cuestión, sin embargo, cuando se generaliza en los términos que anteceden, se desvanece, porque la historia ha creado tipos de organización monárquica—por ejemplo, Inglaterra—en que la institución real no embaraza lo más mínimo la acción de las fuerzas sociales del país, y permite que éste viva prácticamente en un régimen republicano sin república, abierto á todos los progresos y novedades. Las cuestiones políticas hay que estudiarlas, por el contrario, de un modo muy concreto, ó en relación con el estado particular de cada nación. Es un republicano, Azcárate, quien ha dicho: «Yo, en Inglaterra, sería monárquico; en España (y en otros países), no puedo serlo.» En España, pues, y en esos otros países, el republicano verdaderamente convencido no puede ver con buenos ojos el más mínimo éxito de la monarquía, porque todo éxito, adormeciendo la opinión, quita fuerzas á la protesta y dificulta el cambio. Y siendo esto así, ¿cuán ilógico no ha de ser que los republicanos ayuden á cualquier otro partido!

Pero nótese que, llevada con rigor esta política, conduce al absurdo y á la paralización de la vida política normal. En casos excepcionales, de aguda crisis, de tirantez inusitada; en los momentos de una gran persecución, de una tiranía irreductible; en los prodromos de un movimiento revolucionario, sería—y ha sido—inevitable y necesaria; pero estos (acabo de decirlo) son casos excepcionales. En los normales, la fuerza de las cosas obliga á muchas atenuaciones del principio. Con frecuencia, los partidos republicanos radicales tienen que prestar su apoyo á este ó el otro partido monárquico para salvar alguna institución fundamental, alguna libertad atacada por los ultraconservadores ó por los pseudo liberales. Esto quiere decir que hay intereses generales (comunes á todos los que, más ó menos, participan de las ideas modernas) que se sobreponen por su alta conveniencia á lo que separa los partidos. Cuando

llega uno de esos casos, todos los afines colaboran en la obtención de un resultado que beneficiará á la masa, pero que, desde luego, servirá á la continuación del régimen imperante. Además, los partidos republicanos no pueden renunciar á las iniciativas parlamentarias, cuyo efecto es «gobernar desde la oposición». No sólo tienen el derecho, sino el deber de presentar todas las proposiciones que entrañan una mejora, un progreso en el sentido de sus ideales, y que empujar á los gobiernos monárquicos á que acepten lo más posible del programa radical. Ahora bien; mirada esta conducta á la luz del interés egoísta del partido, tal como lo hemos expuesto antes, significa dar fuerza al régimen monárquico, que se establece así de día en día sobre bases más amplias y firmes. Los republicanos podrán decir siempre que ellos han sido los iniciadores y que llevan á remolque á los partidos monárquicos; pero en el fondo, la reforma se hace en un Estado monárquico y favorece su estabilidad. Sin embargo, los republicanos hacen esto; y la opinión pública no sólo les aplaude, sino que se queja cuando los diputados de aquella significación descuidan las iniciativas parlamentarias. Así se prueba prácticamente que no sólo el patriotismo—que obliga á acoger todo lo bueno para la patria, venga de donde viniere—, sino el propio interés ideal del programa que cada cual representa, se sobreponen en la vida muchas veces al interés de desprestigiar al contrario, de acantonarlo en una política odiosa y de imposibilitarle toda acción simpática.

Ahora bien; esto tiene un límite, y en fijar ese límite está la cuestión. ¿Hasta dónde es lícita la política patriótica que consiste en dirigir, desde la oposición, por el camino de las reformas democráticas, á un partido monárquico, fundamentalmente enemigo de todo el que no lo sea? Si no tuviese límite, cesaría la razón de ser del partido republicano, puesto que sería confesar que todo su programa cabe en el régimen de la monarquía y que su única misión consiste en arrastrar á los partidos gobernantes á que lo realicen pronto y sinceramente.

Si interrogáis á la opinión pública, veréis que no tiene criterio preciso sobre esto; que no puede determinar fijamente dónde cesa lo lícito que no ataca á la existencia misma de la agrupación republicana, y dónde empieza lo que en el fondo significa el pesimismo en cuanto al porvenir de ésta y la convicción de que, si se ha de hacer algo positivo, ha de hacerse con el régimen imperante. Pero la opinión distingue perfectamente, en los casos concretos, la intención de las personas que pueden parecer como rebasando ese límite. Si recela de sus convicciones, ve, en la menor colaboración, un acto de infidelidad; si está segura de ellas, se explica la misma conducta por razones, ó de patriotismo, ó de supremo interés ideal.

¿Y acaso no acertará la opinión pública, decidiendo así la cuestión? ¿No será ésta, fundamentalmente, una cuestión de moralidad, y lo político que hay en ella cosa circunstancial y variable de límite, más ó menos amplio según los casos y según los intereses que en la lucha de momento se agitan? ¿No habrá un campo de acción común, cada vez más grande, en que todos los hombres de buena voluntad pueden y deben colaborar, pensando siempre en el bien que se logra y nunca en el régimen en que éste se alcanza? ¿No estará el porvenir en la desaparición de los partidos políticos tal como hoy están organizados, y en la formación de agrupaciones pasajeras para la realización de reformas concretas, que pueden congregarse á gentes de muy diverso origen, y que, en todo lo demás, dejan intacta la independencia del pensamiento individual y libre la forma en que cada uno cree poder contribuir al provecho común?

La victoria de esta orientación, sería el acabamiento total de aquel egoísmo partidario á que me refería en los comienzos de este artículo. Pero es indudable que esa orientación pide una extrema pureza en la conducta, mejor dicho, en las intenciones, y un sentido ideal que ahogue todo apetito innoble. Es la orientación de los hombres nuevos, de los hombres del porvenir, que no son siempre los hombres más radicales ó que parecen serlo. Y tampoco

tiene duda de que, mientras subsista la actual organización de partidos, á todo el mundo le será lícito seguir, más ó menos en la apariencia, ó en el fondo, esa orientación, ó creer que contribuirá más eficazmente al logro de sus ideales trabajando por ellos en el pleno campo contrario; pero esto último no lo podrá hacer nadie lícitamente, sino á condición de romper de una manera franca con el organismo á que ha pertenecido hasta entonces, y que mientras lo considere suyo, tiene derecho de exigirle una sincera sumisión á lo que representa en el mundo político. Cuando no se cree ya en esa representación, lo correcto—y lo práctico—es decirlo y recobrar la libertad que á nadie puede negarse.

VI

El equívoco de la España nueva

La lectura de la novela *¡Abajo las armas!* ha renovado en mí una idea que ya otras muchas veces hubo de preocuparme, y que es de las necesitadas de deslinde y precisión rigurosa. Me refiero á la idea de una España nueva, que tanto se ha repetido, singularmente á partir de 1898. Todos los que hablan de «regeneración» nacional; todos los partidos políticos que predicán el esfuerzo para salir de este pantano en que yacemos; todos los psicólogos que comparan nuestra situación presente con la de otros países de mayor adelanto, así como los historiadores á quienes atrae el parangón con otras edades, al parecer más felices, de la historia patria... todos piensan en esa España futura más rica, más culta, más poderosa é incorporada de nuevo al «concierto» de las naciones cuyo voto y cuya voz pesan en el mundo que hemos convenido en llamar civilizado.

Vistas las cosas muy por encima, parece que todos piensan lo mismo, que la imagen de esa España nueva deseada es igual para todos.

Cuando más, se ocurre una división que allana las dificultades: de un lado, los que con su «regeneración» tratan (como por ejemplo, Orti y Lara y Mella) de volver á la España antigua y, frente al «europeísmo» de Costa, proponen un retorno al «españolismo» de cierta época de nuestra historia, que ellos interpretan de un modo muy especial; de otro lado, los que en vez de regresiones piden avances y novedades, en el sentido de lo que Gervinus llamó la civilización moderna. Pero esta división, realmente, no define más que un grupo: el primero, cuyo ideal es perfectamente conocido por lo mismo que responde á hechos históricos que se pueden precisar en toda su significación y consecuencias y hasta en la falsa legendaria luz con que son vistos de ordinario por sus defensores. Pero el otro grupo queda tan indeciso como antes. Él nos habla de cosas futuras, de cosas que están por hacer, que todavía no han salido de la categoría de nombres, de palabras, cuya vaguedad en el uso común y corriente se presta á tantas interpretaciones. Y en eso está el equívoco á que aludí al titular las presentes cuartillas. Es muy posible que analizados los conceptos, explicadas las intenciones, muchos que parecen muy «progresistas», muy «hombres nuevos», resulten no ser más que repetidores de un ideal antiguo, adobado con unos cuantos *trusts* y unas cuantas invenciones mecánicas ó químicas, útiles para ganar riquezas ó para aumentar el confort de los que pueden tener confort.

¿Qué entienden decir, por ejemplo, los que hablan de hacer de nuevo (¿de nuevo?) á España «próspera, culta y poderosa», de «fortalecerla, enriquecerla, engrandecerla, hacerla apta para las funciones mundiales»? ¿Significa para todos lo mismo, presentar como modelo de imitación á Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos de Norte América? ¿Qué quiere decir la frase usada por algunos, de «encontrar pequeña» (en extensión territorial) la España